

cualquier día le podía dar, para ser, desde todos los puntos de vista, el igual de la mujer a quien se atrevía a amar.

Diana notó con alegría de que el primer efecto de sus palabras era aumentar la confianza que la duquesa tenía en ella.

No dejó de participar a Marcelo Capece lo que sucedía. Durante los abrasadores calores de aquel verano, la duquesa se paseaba con frecuencia por los bosques que rodean a Gallese. Al ponerse el sol, iba a recibir la brisa del mar sobre las lindas colinas que se elevan en medio de esos bosques, y desde cuya cima se apercibe el mar a menos de dos leguas de distancia.

Sin apartarse de las severas leyes de la etiqueta, Marcelo podía muy bien encontrarse en aquellos bosques: cuentan que se escondía allí, y cuidaba de no mostrarse ante los ojos de la duquesa hasta que ésta se encontraba bien dispuesta hacia él por las palabras de Diana Brancaccio, la cual hacía entonces una señal a Marcelo.

Diana, viendo a su señora a punto de ceder a la fatal pasión que ella había hecho brotar en su corazón, cedió ella misma al violento amor que Domiciano Fornari le había inspirado. Estaba ya segura de poder contraer matrimonio con él. Pero Domiciano era un joven prudente, de carácter frío y reservado, y los arrebatos de su fogosa amante, en lugar de atraerle más, le parecían pronto desagradables. Diana Brancaccio era próxima pariente de los Carafa; estaba segura de que le apuñalarían en cuanto llegase la menor referencia de sus amores al cardenal Carafa, que en realidad era, aunque menor que el duque de Palliano, el verdadero jefe de la familia.

Hacía ya algún tiempo que la duquesa se había rendido a la pasión de Capece, cuando un día no se encontró a Domiciano Fornari en la aldea donde estaba

relegada la corte del marqués de Montebello. Había desaparecido, y más tarde se supo que se había embarcado en el pequeño puerto de Nettuno; sin duda, había cambiado de nombre, y nunca más volvió a oírse hablar de él.

¿Quién podría describir la desesperación de Diana? Después de haber escuchado la duquesa de Palliano bondadosamente sus quejas contra el destino, un día la dejó adivinar que ese tema de conversación le parecía agotado. Diana veíase despreciada por su amante; su corazón era presa de las emociones más crueles, y sacó la consecuencia más extraña del instante de aburrimiento que la duquesa había experimentado al oír la repetición de sus quejas. Diana se convenció de que había sido la duquesa la que había impulsado a Domiciano Fornari a abandonarla para siempre, y que además le había procurado los medios para viajar. Esta idea absurda no se basaba más que en algunas advertencias que la duquesa le había dirigido hacía mucho tiempo. A la sospecha siguió bien pronto la venganza. Pidió una audiencia al duque, y le contó todo que pasaba entre su mujer y Marcelo. El duque se negó a darla crédito.

—Pensad—le dijo—que desde hace quince años no he tenido que hacer el menor reproche a la duquesa; ha resistido a las seducciones de la corte y al atractivo de la brillante posición que teníamos en Roma; los más seductores príncipes, y hasta el mismo duque de Guisa, general del ejército francés, perdieron su tiempo con ella; y ¿queréis que mi esposa se rinda a un simple escudero?

Quiso la mala suerte que, aburriéndose mucho el duque en Soriano, pueblecito donde estaba desterrado, y que sólo se encontraba a dos leguas cortas del que habitaba su mujer, Diana pudiese obtener gran número de audiencias sin que éstas llegasen al conocimiento de la du-

quesa. Diana tenía un talento extraordinario, y la pasión la volvía elocuente. Daba al duque una multitud de detalles; la venganza había llegado a ser su único placer. Le repetía que casi todas las noches Capecece entraba en la habitación de la duquesa a eso de las once, y no salía hasta las dos o las tres de la mañana.

Hicieron al principio estos cuentos tan poca impresión sobre el duque, que no quiso tomarse la molestia de andar las dos leguas a media noche para ir a Gallese y entrar de improviso en el cuarto de su mujer.

Pero una tarde que estaba en Gallese, y que, aunque el sol se había puesto, todavía duraba el día, Diana penetró, suelta la cabellera, en el salón donde estaba el duque. Todo el mundo se apartó, y ella le dijo que Marcelo Capecece acababa de entrar en la habitación de la duquesa. El duque, sin duda de mal humor en aquel momento, cogió su puñal y corrió al cuarto de su mujer, donde entró por una puerta excusada. Allí encontró a Marcelo Capecece. Los dos amantes, en verdad, cambiaron de color al verle entrar; pero, por lo demás, nada había de censurable en la posición en que se encontraban. La duquesa estaba en su cama, ocupada en apuntar un pequeño gasto que acababa de hacer; había una doncella en el cuarto, y Marcelo estaba de pie a pocos pasos del lecho.

Furioso el duque, empuñó a Marcelo por la garganta y le empujó a una habitación próxima, en donde le ordenó que se despojase de la daga y del puñal de que estaba armado; después de lo cual llamó a sus hombres de armas, que inmediatamente condujeron a Marcelo a las prisiones de Soriano.

La duquesa quedó en el palacio, pero bajo estrecha vigilancia.

No era el duque un hombre cruel, y hasta parece que tuvo la intención de ocultar la ignominia del asunto,

para no verse obligado a recurrir a las medidas extremas que el honor exigiría de él. Quiso hacer creer que Marcelo estaba prisionero por motivos completamente distintos, y tomando como pretexto que Marcelo había comprado a peso de oro, dos o tres meses antes, algunos enormes sapos, hizo correr la voz de que el joven había tratado de envenenarle. Pero el verdadero crimen era demasiado conocido de todos, y su hermano el cardenal exigió que le dijese cuándo pensaba lavar, con la sangre de los culpables, la mancha que habían osado echar sobre su nombre.

Haciéndose acompañar el duque por el conde de Aliffe, hermano de su mujer, y por Antonio Torando, amigo de la casa, formaron entre los tres una especie de tribunal, que llamó a juicio a Marcelo Capecece, acusado de adulterio con la duquesa.

*
**

La inestabilidad de las cosas humanas quiso que el papa Pío IV, que sucedió a Pablo IV, perteneciese al partido de España, y que no pudiese rehusar nada al rey Felipe II, el cual exigió de él la muerte del cardenal y del duque de Palliano. Los dos hermanos fueron acusados ante los tribunales del país, y los autos del proceso que tuvieron que sufrir nos detallan todas las circunstancias de la muerte de Marcelo Capecece.

Uno de los numerosos testigos que desfilaron declaró lo siguiente:

—Estábamos en Soriano. El duque, mi señor, tuvo una larga entrevista con el conde de Aliffe, y de noche ya, descendieron a un sótano en donde el duque había hecho preparar las cuerdas necesarias para dar tormento. Allí se encontraban el duque, el conde de Aliffe, don Antonio Torando y yo.

El primer testigo a quien se hizo comparecer fué al capitán Camilo Grifone, amigo íntimo y confidente de Capece. El duque le habló en esta forma:

—Amigo mío, díme la verdad. ¿Qué sabes de lo que Marcelo ha hecho en el cuarto de la duquesa?

—No sé nada; hace más de veinte días que estoy disgustado con Marcelo.

Como se obstinaba en no declarar nada más, el señor duque llamó a algunos de sus guardias, y Grifone fué atado a la cuerda por el podestá de Soriano. Los guardias tiraron de las cuerdas, y de este modo elevaron al culpable a cuatro dedos de tierra. Después de estar colgado el capitán un buen cuarto de hora, dijo:

—Bajadme, y os diré lo que sé.

Cuando le pusieron en tierra se alejaron los guardias y quedamos solos con él.

—Es verdad—dijo el capitán—que he acompañado a Marcelo varias veces hasta el cuarto de la duquesa, pero nada más sé, porque le esperaba en un patio vecino hasta eso de la una de la madrugada.

Por orden del duque se volvió a llamar a los guardias, que colgaron de nuevo al capitán, de manera que sus pies no tocasen a tierra. No pasó mucho sin que el capitán exclamase:

—Bajadme, que quiero decir la verdad. Es cierto que desde hace varios meses me he dado cuenta de que Marcelo hacía el amor a la duquesa, y pensaba comunicarlo a vuestra excelencia o a don Leonardo. Todas las mañanas enviaba la duquesa por nuevas de Marcelo, y le hacía regalitos, entre otras cosas, confituras muy caras y preparadas con mucho arte. También he visto a Marcelo unas cadenas de oro, de delicadísimo trabajo, y que, seguramente, había recibido de manos de la duquesa.

Después de esta declaración, el capitán fué encarce-

lado de nuevo. Trajeron luego al portero de la duquesa, que declaró no saber nada; pero atado a la cuerda y alzado en el aire, dijo media hora después:

—Bajadme, y os diré lo que sé.

Una vez en tierra, declaró que nada sabía, y, levantado de nuevo durante una media hora, declaró, cuando le bajaron, que hacía muy poco tiempo que estaba al servicio particular de la duquesa, y como era posible que este hombre no supiera nada, fué encarcelado de nuevo. Todas estas escenas se desarrollaron en un largo espacio de tiempo, porque cada vez se hacía salir a los guardias para que creyesen que se trataba de una tentativa de envenenamiento con la ponzoña extraída de los sapos.

Estaba muy avanzada la noche cuando el duque hizo comparecer a Marcelo Capece. Una vez los guardias fuera y bien cerrada la puerta con llave, preguntó el duque:

—¿Qué buscabais en el cuarto de la duquesa para permanecer en él hasta la una, hasta las dos y aun hasta las cuatro de la madrugada?

Marcelo negó todo. Llamados los guardias, fué colgado, y como la cuerda le dislocase los brazos y no pudiera soportar el dolor, pidió que le pusieran en tierra. Le sentaron en una silla y declaró confusamente, sin saber a punto fijo lo que decía. Llamados de nuevo los guardias, le colgaron por segunda vez, y, después de un gran rato, pidió que le bajasen.

—Es verdad—declaró—que he entrado en el cuarto de la duquesa a horas intempestivas; pero era porque cortejaba a la signora Diana Brancaccio, una de las damas de su excelencia, a la que había dado palabra de casamiento, y que me ha concedido todo lo que no fuese deshonoroso.

Conducido de nuevo a su prisión, se le careó con el capitán y con Diana, que negó todo.

Después volvieron a traer a Marcelo a la cueva, y, cuando se acercaba a la puerta, dijo:

—Señor duque, recuerde vuestra excelencia que prometió perdonarme la vida si decía toda la verdad. No es preciso que me colguéis, porque lo confesaré todo.

Acercándose al duque, con voz temblorosa y apenas articulada le dijo que había, en efecto, obtenido los favores de la duquesa. Al oír estas palabras, el duque se arrojó sobre Marcelo, le mordió en la mejilla, y, desenvainando su puñal, vi que iba a herir al culpable. Le dije entonces que convendría que Marcelo escribiese por su propia mano lo que acababa de confesar, y que esa declaración serviría para justificar a su excelencia. Entramos de nuevo en el sótano, en donde había recado de escribir; pero la cuerda había herido de tal manera a Marcelo en el brazo y en la mano, que sólo pudo escribir estas palabras: *¡He traicionado a mi señor; sí, le he robado el honor!*

El duque leía a medida que Marcelo iba escribiendo, y, al terminar éste, arrojóse sobre él, y le dió tres puñaladas que le robaron la vida. A tres pasos de allí se encontraba Diana Brancaccio, más muerta que viva, y que, sin duda, se arrepentía mil y mil veces de lo que había hecho.

—¡Mujer indigna de haber nacido de una familia noble!—exclamó el duque—, tú eres la causa única de mi deshonor, en la que has trabajado sólo para satisfacer tus placeres deshonestos, y tengo que recompensarte todas tus traiciones.

Y diciendo esto, la cogió por los cabellos y la cortó el cuello con un cuchillo. La desgraciada arrojó un diluvio de sangre, y cayó al fin muerta.

El duque mandó arrojar los dos cadáveres en una cloaca próxima a la prisión.

El joven cardenal Alfonso Carafa, hijo del marqués

de Montebello, y el único de toda la familia a quien Pablo IV había conservado al lado suyo, creyó que debía contarle estos sucesos. El Papa no respondió sino con estas palabras:

—¿Y qué han hecho con la duquesa?

Estas palabras, se pensaba generalmente en Roma, debían ocasionar la muerte de la desgraciada mujer; pero el duque no podía resolverse a realizar ese gran sacrificio, ya fuese porque la duquesa estaba encinta, ya a causa del extremado amor que antaño había sentido por ella.

Tres meses después de la grande y virtuosa acción que el santo Papa Pablo IV había realizado al separarse de toda su familia, cayó enfermo, y después de otros tres meses de enfermedad, expiró el 18 de agosto de 1559.

El cardenal no cesaba de escribir carta tras carta al duque de Palliano, repitiéndole, sin descanso, que el honor de la familia exigía la muerte de la duquesa. Habiendo muerto su tío, y no sabiendo cómo podría pensar el nuevo Papa, quería que se terminase todo en el más breve plazo.

El duque, hombre sencillo, bueno y mucho menos puntilloso que el cardenal en los asuntos de honor, no podía decidirse a tomar medidas tan extremadas como de él se pedían. Se decía a sí mismo que también él había sido muchas veces infiel a la duquesa, y sin tomarse siquiera el trabajo de ocultárselo, y que bien pudieran esas infidelidades haber empujado a una mujer tan altiva como la suya a tomar venganza de ellas. En el mismo momento de entrar en el cónclave, el cardenal, que había oído la misa y recibido la santa comunión, escribió de nuevo al duque que le atormentaban esos continuos aplazamientos, y que si el duque no se decidía a hacer lo que el honor de su casa exigía, ase-

guraba que nunca más se mezclaría en sus asuntos, ni trataría de serle útil, ya fuese en el cónclave o cerca del nuevo Papa. Un motivo ajeno al punto de honor pudo contribuir a que el duque se decidiese, y fué que la duquesa había encontrado medio, a pesar de la severa vigilancia que sobre ella se ejercía, de enviar a decir a Marco-Antonio Colonna, enemigo mortal del duque por haberle éste arrebatado el ducado de Palliano, que si Marco-Antonio encontraba manera de salvarle la vida y de libertarla, ella, por su parte, le pondría en posesión de la fortaleza de Palliano, que estaba bajo el mando de una persona de su completa devoción.

El 28 de agosto de 1559, el duque envió a Gallese dos compañías de soldados. El día 30, don Leonardo del Cardine, pariente del duque, y don Ferrando, conde de Aliffe, hermano de la duquesa, llegaron a Gallese, y fueron a las habitaciones de la duquesa para quitarle la vida. Le anunciaron que iba a morir y oyó la noticia sin alterarse en lo más mínimo. La duquesa quiso antes confesar y oír la santa misa; después, al acercarse a ella esos dos señores, notó que había alguna diferencia de parecer entre ellos, y preguntó si traían orden del duque, su marido, para darle muerte.

—Sí, señora—respondió don Leonardo.

Dijo la duquesa que desaba verla, y don Ferrando se la mostró.

(He encontrado en el proceso del duque de Palliano la declaración de los monjes que asistieron a este terrible acontecimiento. Son esas declaraciones muy superiores a las de los otros testigos, lo cual proviene, a mi entender, de que los monjes no sentían miedo al hablar ante la justicia, mientras que los demás testigos habían sido más o menos cómplices de su señor.)

El hermano Antonio de Pavía, capuchino, declaró lo siguiente:

—Después de la misa en que la duquesa había recibido muy devotamente la santa comunión, y mientras nosotros le prodigábamos nuestros consuelos, el conde de Aliffe, hermano de la señora duquesa, entró en el cuarto con una cuerda y una varita de avellano, gruesa como el pulgar y como de media vara de largo. Cubrió con un pañuelo los ojos de la duquesa, y ésta, con gran sangre fría, lo bajó aún más sobre los ojos, para no verle. Le puso el conde la cuerda al cuello; pero como no servía bien para el caso, el conde se la quitó y se alejó algunos pasos. La duquesa, al oírle retirarse, se quitó el pañuelo y exclamó:

—¡Buenol; ¿pero qué hacemos?

Y el conde respondió:

—La cuerda no servía y voy a coger otra que no os haga sufrir.

Al decir esto salió, y volviendo poco después al cuarto con otra cuerda, le arregló de nuevo el pañuelo, le pasó la cuerda al cuello y, haciendo pasar la varilla por el nudo, le dió unas vueltas y la estranguló. Todo esto ocurrió sin que la duquesa abandonase un momento el tono de la conversación ordinaria.

Otro capuchino, el hermano Antonio de Salazar, termina su declaración con las siguientes palabras:

—Yo quería retirarme del pabellón por escrúpulo de conciencia, para no verla morir; pero la duquesa me dijo:

—No te alejes de aquí, por el amor de Dios.

Luego el monje refiere las circunstancias de la muerte, tal como nosotros acabamos de contarlas, y añade:

—Murió como buena cristiana, repitiendo a menudo: *Creo, creo.*

Los dos monjes repiten en sus declaraciones, al parecer debidamente autorizados por sus superiores, que la duquesa proclamó en todo momento su absoluta ino-

cencia, tanto en sus conversaciones con ellos, como en sus confesiones, y muy especialmente en la que precedió a la misa en que le fué administrada la santa comunión. Si era culpable, este rasgo de orgullo la precipitaba en los infiernos.

En el careo del capuchino Antonio de Pavía con don Leonardo del Cardine, el fraile declaró:

—Mi compañero dijo al conde que convendría esperar a que la duquesa diese a luz, pues ya estaba adelantada de seis meses, y no debía condenarse el alma del desgraciado ser que llevaba en su seno, por no poder bautizarla.

A lo que repuso el conde de Aliffe:

—Tengo que ir a Roma, como sabéis, y no quiero aparecer con esta mancha en el rostro (es decir, sin haber vengado esta injuria).

Apenas murió la duquesa, los dos capuchinos insistieron en que se le abriese sin espera el vientre para poder administrar el bautismo a la criatura; pero el conde y don Leonardo no escucharon sus ruegos.

Al día siguiente (como he leído en el proceso verbal) la duquesa fué enterrada con cierta solemnidad en la iglesia del lugar. La noticia de este suceso se difundió inmediatamente, pero causó poca impresión, porque era esperada hacía algún tiempo, y hasta en varias ocasiones se había dado, en Gallese y en Roma, la noticia de esta muerte. Por lo demás, un asesinato fuera de la ciudad, y estando vacante la sede pontificia, no tenía nada de extraordinario.

El cónclave que siguió a la muerte de Pablo IV fué muy borrascoso y no duró menos de cuatro meses. El 29 de diciembre de 1559, el pobre cardenal Carlos Carafa se vió obligado a contribuir a la elección de un cardenal impuesto por España y que no podía, por tanto, negarse a ningún acto de severidad que Felipe II

exigiese de él contra el cardenal Carafa. El nuevo Papa adoptó el nombre de Pío IV.

De no estar desterrado en el momento de morir su tío, el cardenal hubiese sido dueño de la elección o por lo menos hubiera podido evitar el nombramiento de un enemigo.

Poco después detuvieron al duque y al cardenal; la orden de Felipe II era, sin duda, que se les condenase a muerte.

Tuvieron que responder a catorce capítulos de acusación, y se interrogó a todos los que pudiesen aportar alguna luz sobre esos catorce cargos. Este proceso, muy bien redactado, se compone de dos volúmenes en folio, que he leído con gran interés, porque en cada página se encuentran en él detalles de las costumbres que los historiadores no han creído dignos de la majestad de la historia. He encontrado en él detalles muy pintorescos sobre una tentativa de asesinato dirigida por el partido español contra el cardenal Carafa, que en aquellos momentos era ministro todopoderoso.

Por lo demás, los dos hermanos fueron condenados por crímenes que en cualquiera otra persona no hubieran sido considerados como tales; por ejemplo, el haber dado muerte al amante de una mujer infiel y a esta misma mujer. Algunas años después el príncipe Orsini se casó con la hermana del gran duque de Toscana y creyéndola infiel la hizo envenenar en la misma Toscana, con el asentimiento del gran duque, su hermano, y nunca le fué imputada esta acción como un crimen. Del mismo modo han muerto varias princesas de la Casa de Médicis.

Cuando terminó el proceso de los dos Carafa, se hizo de él un largo sumario, que fué examinado repetidamente por congregaciones de cardenales.

Era cosa evidente que si se estaba dispuesto a casti-

gar con la muerte el homicidio que vengaba el adulterio, clase de crimen de que jamás se ocupaba la justicia, el cardenal era culpable de haber instigado a su hermano para que se cometiese el crimen, así como el duque era culpable de haberle mandado ejecutar.

El 3 de marzo de 1561, el Papa Pío IV tuvo un consistorio que duró ocho horas, al fin del cual se pronunció la sentencia de los Carafa, en los siguientes términos: *Prout in schedulâ*. (Hágase como se ordena.)

En la noche del siguiente día, el fiscal envió al castillo de San Angel al barigel o procurador para hacer ejecutar la sentencia de muerte en los dos hermanos, Carlos, cardenal Carafa, y Juan, duque de Palliano. Así se hizo, ocupándose primero del duque, que fué trasladado del castillo de San Angel a las prisiones de Tordinone, en donde todo estaba preparado. Allí fué donde se decapitó al duque, al conde de Aliffe y a don Leonardo del Cardine.

El duque afrontó este terrible momento, no sólo como un caballero de ilustre prosapia, sino como un cristiano decidido a sufrirlo todo por el amor de Dios. Dirigió palabras de consuelo a sus dos compañeros, exhortándoles a bien morir, y después escribió a su hijo ¹.

Volvió el barigel al castillo de San Angel y anunció la muerte al cardenal Carafa, no dejándole sino una hora para prepararse. Dió muestras el cardenal de una grandeza de alma superior a la de su hermano, si se tiene en cuenta que dijo menos palabras, pues éstas son siempre una fuerza que busca uno fuera de sí. No se le

¹ El sabio señor Sismondi (véase el artículo «Carafa» de la biografía Michaud) embrolla toda esta historia; pues pretende que fué el conde de Montorio—padre del cardenal y del duque de Palliano—el que fué decapitado el día de la muerte del cardenal. El ilustre historiador toma al padre por el hijo.

oyó sino pronunciar en voz baja estas palabras, al anunciársele la terrible nueva:

—¡Morir yo! ¡Oh Papa Pío! ¡Oh Rey Felipe!

Se confesó; recitó los siete salmos de la penitencia y, sentándose luego en una silla, dijo al verdugo:

—¡Acabal!

El verdugo le ahorcó con un cordón de seda, que se rompió, y hubo que repetir un par de veces la operación. El cardenal miró al verdugo sin dignarse pronunciar una sola palabra.

(NOTA POSTERIOR)

Pocos años más tarde, el santo Padre Pío V hizo revisar el proceso, que fué anulado; el cardenal y su hermano fueron restablecidos en todos sus honores, y el procurador general, que tanto había contribuído a la muerte de ellos, fué ahorcado. Pío V ordenó la destrucción del proceso; todas las copias que existían en la biblioteca fueron quemadas, y se prohibió, bajo pena de excomunión, que se conservase ninguna. Pero no pensó el Papa en que había una copia del proceso en su propia biblioteca, y de ella se sacaron todas las demás que hoy son conocidas.

FIN DE LA DUQUESA DE PALLIANO

LECTURAS DE UNA HORA

OBRAS BREVES DE GRANDES MAESTROS, CUIDA-
DOSAMENTE SELECCIONADAS, TRADUCIDAS Y
REVISADAS, Y ESMERADAMENTE PRESENTADAS

PRECIO DE CADA EJEMPLAR: UNA PESETA

LECTURAS DE UNA HORA

PUBLICADAS

BALZAC: UN EPISODIO BAJO EL TERROR
TURGUÉNEF: LA AVENTURA DEL
TENIENTE YERGUNOF
ANDRÉIEF: MÁS ALLÁ DE LA MUERTE
LARRA: UN DESAFÍO
STENDHAL: VANINA VANINI
MUSSET: E L L U N A R

EN PRENSA:

MARIVAUX: E L L E G A D O
VIGNY: HISTORIA DE UNA PULGA RABIOSA
NERVAL: LA MANO ENCANTADA
NODIER: SOR BEATRIZ O EL
MILAGRO DE LA VIRGEN
EL SOLITARIO: GRACIAS Y DONAIRES DE LA CAPA
P O E : E L E O N O R A
BAUDELAIRE: POEMAS EN PROSA
ABOUT: LOS DOS GEMELOS
DOSTOIEWSKY: LAS NOCHES BLANCAS

JIMÉNEZ FRAUD, EDITOR. DIEGO DE LEÓN, 5. MADRID

CLÁSICOS
GRANADA

VOLÚMENES PUBLICADOS,

CERVANTES: LA FUERZA
DE LA SANGRE
LA ILUSTRE FREGONA

VÉLEZ DE GUEVARA: EL DIA-
BLO COJUELO

GARCILASO: OBRAS

MORETO: NO PUEDE
SER EL GUARDAR UNA MUJER

JIMÉNEZ FRAUD, EDITOR. DIEGO DE LEÓN, 5. MADRID

